

LOS HÉROES DEL BRUCH.

Romance histórico laureado con la pluma de plata en el certámen poético celebrado por la Redaccion de LA ILUSTRACION POPULAR ECONOMICA en Febrero de 1871.

Mi voz, mi corazon, mi fantasía,
Las glorias cantan de la patria mia.
ZORRILLA.

El siglo décimo nono
alzaba la frente apenas
de turbios lagos de sangre
que la locura vertiera.
Cuando entre sus crudas garras,
como ensangrentada presa,
tenia al orbe azorado
el águila audaz del Sena.
Ella aventó con sus alas
las razas como pavesas,
y á su disorde chillido
medrosa calló la tierra.
Ella eclipsó con su cuerpo
el sol de la independenciam,
en Berlin, Milan, el Cairo,
en Roma, Munich y Viena.
Casi no mas le faltaba
proyectar su sombra negra
en los regalados campos
por dó el Tajo se pasea.
Por esto tendió su vuelo
á España, de ambicion llena,
anhelando con su pico
abrirle heridas sangrientas.
«Presa fácil á mi audacia,
«decia el águila, es esa;
«favor á España dispense,
«dándole mi sombra inmensa.»

Y loca, cruel y ambiciosa,
altiva, pujante y fiera,
en la patria de Pelayo
con necio dolo penetra.
¡Locura! ¡Triste locura!
¿No podia advertir ella
que hasta de héroes es ceniza
el polvo de nuestra tierra?
¿Que en ella un hecho de gloria
atestigua cada piedra,
y que hazañas de sus hijos
canta el viento de sus selvas?
¿En sus bellos horizontes
no vió destacarse enérgicas
las ruinas de Numancia,
de Viriato las banderas?
¿No vió que arrebatarian
los vientos de nuestra sierra
las glorias de sus pendones,
los lauros de sus cabezas?
Mas nada detuvo el vértigo
de su impetuosa carrera;
y al avanzar hácia España,
avanzaba hácia su huesa.
Pues sepultada quedó
con toda su gloria escelsa
bajo las ruinas heróicas
de nuestra indomable tierra.



Era el caer de una tarde
 limpia, apacible y risueña,
 saturada del aroma
 que el prado á las auras presta.
 Tras el diáfano horizonte
 el dia sus rayos vela
 con ricas listas de gualda
 del firmamento cenefas.
 En tanto que al lado opuesto
 surge ya la noche negra,
 ceñida la adusta frente
 de luceros y tinieblas;
 Que avanzando por el hueco
 de aquella bóveda inmensa
 la tibia luz del crepúsculo,
 absorbe, arrolla, atropella.
 Y allí en el éter radiante,
 cual góndola que navega
 por un lago, se columpia
 la luna pálida y bella,
 Cuyo nacarino disco
 brillantes fulgores suelta,
 que como manto de plata,
 cobijan nuestro planeta.
 Á su luz lánguida y triste
 se distingue como eleva
 sus picos el Monserrate
 que al cielo tocar intentan;
 Y estos picachos erguidos
 que corona parda niebla,
 parecen gigantes bardos
 coronados de verbena,
 Que piden estro á los aires,
 al cielo, al sol, á las selvas,
 para cantar con voz dulce
 fascinadoras leyendas....
 Un pavoroso silencio
 los anchos espacios llena,
 y por no sonar se esconden
 las auras entre las quiebras.
 Ni un susurro entre las ramas,
 ni en las rocas una queja,
 ni un silbido por los aires,
 ni un rumor en la maleza,
 Como si su inmenso aliento
 la natura recogiera
 contemplando embebecida
 grandes, sublimes escenas.
 De pronto, por el camino

que conduce á Esparraguera,
 se vé que con paso rápido
 un bulto informe se acerca.
 Hendiendo vá de la noche
 las misteriosas tinieblas,
 como fatídica sombra
 que empuja el aura violenta.
 Sin vacilar un momento
 en su nocturna carrera,
 del Bruch á los matorrales
 su raudo paso endereza.
 A favor de la luz clara
 que la blanca luna riela,
 se vé que es aquella sombra,
 tan misteriosa y siniestra,
 Un humilde campesino,
 fornido como un atleta,
 que con su manta encarnada
 la cara cubierta lleva.
 Su mirada escrutadora,
 su marcha firme y resuelta,
 un pensamiento tenaz
 en aquel hombre revelan.
 Y avanza rompiendo brezos,
 jarales salvando y peñas,
 con pié firme, mano dura
 y resolucion entera.
 Y ágil por aquellos riscos,
 salta, baja, sube ó trepa,
 conforme los accidentes
 que aquel terreno presenta.
 Y al llegar el campesino
 á una pequeña eminencia,
 desde la cual se descubre
 aquel campo de malezas,
 Estremeciendo las auras
 que duermen entre las grietas,
 remeda el lúgubre canto
 de la agorera corneja.
 Y de pronto, cual si fuesen
 abortados por la tierra,
 como visiones fantásticas
 que surgen de las tinieblas,
 De entre aquellos matorrales
 salen de partes diversas
 seis hombres que se dirigen
 al que les hizo la seña.
 De sus fornidas espaldas
 penden viejas escopetas,

y entre sus fajas ocultos
 cortantes cuchillos llevan.
 Cubre una manta sus hombros,
 su cuerpo burda chaqueta,
 ruda alpargata sus pies,
 rojo gorro su cabeza.
 La piel de su faz curtida
 por demás tienen morena,
 callosas las anchas manos,
 mirada firme y severa.
 Cuando los seis estuvieron
 del recién venido cerca,
 —«¿Qué hay, Francisco? pregun-
 con catalana llaneza. (taron
 —«Mañana al romper el alba
 Schwartz vendrá en son de guer-
 con cuatro mil veteranos (ra
 subiendo estas asperezas.»
 —«¡Bien está! le respondieron;
 somos trescientos, ¡que venga!
 y verá cómo sucumbe
 el catalán en la guerra.
 Amigos, sea en la lucha
 la Virgen nuestra señora,
 que triunfaremos al grito
 de ¡Viva la independencia!....
 —«¡Viva!» gritaron los seis
 con voz estentórea y hueca:
 «¡Viva! ¡Viva!» repitieron
 cien voces tras de las breñas.
 Y cual visiones fatídicas
 que el alma apenas crea,
 se hundieron cual por encanto
 los siete tras las malezas;
 mientras su pomposa bóveda,
 la enmarañada arboleda
 soberbia agitaba, al grito
 de «¡Viva la independencia!»
 Grito sublime, magnético,
 preñado de fé suprema,
 que el eco de aquellos riscos
 repercutió con voz fiera.
 Volviendo en mucho silencio
 á quedar después la tierra,
 ya los ecos apagados
 y tranquila la arboleda.

*
* *
* * *

Despuntó la rubia aurora
 de aromas y luces llena,

dando contento á las aves,
 colores dando á la tierra.
 Como gasas vaporosas
 arrolladas son las nieblas
 por las matutinas auras
 que las empujan y alejan.
 A la luz del claro día
 formas ricas y diversas
 van tomando los objetos
 que ocultaran las tinieblas.
 Aquí un pardo gilguerillo
 en la punta de una peña,
 con sus trinos melodiosos
 las blandas auras recrea.
 Allí se columpia airosa
 brotando de áspera grieta,
 una agreste florecilla
 que al aire su aroma presta.
 Allí en los nudosos brezos
 los rayos del sol se quiebran,
 que en las gotas del rocío
 mil tornasoles reflejan.
 Saturada de armonías
 está la enriscada selva,
 y la luz y los perfumes
 coronan sus rudas crestas.
 A un lado lleno de encantos
 el Monserrate se eleva;
 el Monserrate que es trono
 de aquella divina Reina,
 Que allí por cantores tiene
 lasavecillas parleras,
 por sόlio el éter azul,
 y por lámparas estrellas.
 Al otro las escabrosas
 tajadas de aquella cuesta,
 que cual la huesosa espalda
 de un esqueleto se muestra.
 Abajo se vé enroscarse
 como plateadas culebras,
 del Llobregat y del Noya
 los corrientes turbulentas,
 Y allá á lo lejos tendidas
 como rimeros de piedra,
 las populosas ciudades,
 nidos de loca soberbia.
 Sus rayos mas luminosos
 lanzaba el sol á la tierra,
 sus tintas mas delicadas

vestía naturaleza.
 Sus mas armoniosos sonos
 susurraba la arboleda,
 sus tornasoles mas puros
 brillaba el agua serena:
 Su mas delicioso aroma
 iba exhalando la yerba,
 y el pájaro modulaba
 sus mas preciosas endechas.
 De pompa y gala vestida
 estaba naturaleza,
 cual presenciar pretendiendo
 brillante y alegre fiesta;
 Y en tanto un payés robusto
 de pié en una árida peña
 está, de los catalanes
 siendo avizor centinela.
 El brillante panorama
 que ante su vista se ostenta,
 ni le arroba los sentidos,
 ni le prodiga una idea.
 Tanto su atencion absorbe
 la ágría tortuosa senda,
 que pasando por al Bruch
 arranca de Esparraguera.
 Continuamente allí arroja
 miradas profundas, fieras,
 preñadas de encono y rabia
 que en su corazon concentra.
 Ya murmura ronca frase
 dando muestras de impaciencia,
 ya se pasea agitado,
 ya se apoya en su escopeta.
 Con ira el lábio se muerde
 el forzado centinela,
 ó ya con rudo coraje
 exasperado pateo.
 Informe de pronto se alza
 la atmósfera pura y tersa
 manchando, pálida nube
 viniendo de Esparraguera.
 Apenas tal nubecilla
 el campesino contempla,
 relumbra fugaz sonrisa
 en su faz brava y morena.
 Y asiendo con trémula ira
 su enmohecida escopeta,
 gritó: «¡Amigos, viene el águila;
 buena caza nos espera!»

Y veloz como un relámpago
 hundióse tras la maleza,
 mientras sonó un martilleo
 nutrido y seco en las breñas.
 El Bruch de nuevo sumido
 quedó en quietud austera;
 ni una hoja el aura movía
 de la vecina arboleda.
 Como reptil pavoroso
 que arrastra el cuerpo con pena,
 vá avanzando una columna
 por la sinuosa senda.
 De vez en cuando lanzaba
 raudas brillantes centellas,
 tomando el variado aspecto
 de un peloton de luciérnagas.
 Y al paso que iba avanzando
 aquella sierpe tremenda,
 iba acortando la cola
 y alargando la cabeza.....
 Ya el aire sutil dá paso
 á un rumor que lento llega
 confuso como el zumbido
 de la atareada colmena.
 Y crece el ronco murmullo,
 y la nube está mas cerca,
 y se oye el relincho bélico
 que arroja el corcel con fuerza.
 Que lo que alzaba la nube
 por aquella senda aviesa,
 no era una serpiente horrible,
 era una hueste soberbia.
 Era la hueste de Schwartz
 que marchaba hácia Manresa,
 llevando su feroz pecho
 henchido de rabia fiera.
 Ya se oye el ronco chirrido
 de las rotantes cureñas;
 ya se ven las torvas puntas
 de las duras bayonetas.
 Y avanzan llenando el aire
 las desplegadas banderas,
 que pagadas de su gloria
 lo azotan con impudencia.
 Y en su brio asegurados,
 y en la victoria que sueñan
 cuatro mil soldados suben
 del Bruch por la áspera cuesta.
 Y pasan con arrogancia

por la abandonada aldea,
 sonriendo con desprecio
 al ver las casas desiertas.
 Y dejando atrás el pueblo
 la brava hueste penetra,
 á través de los jarales
 que aquellos riscos presentan.
 Suben gallardos al frente
 oprimiendo las caderas
 de cien fogosos bridones
 cuyo ardor el freno templá,
 Los gallardos coraceros
 con casco y coraza tersa
 dó el rayo del sol luciente
 chispeante reverbera.
 ¡Brillante, indómito ejército,
 pasmo de la Europa entera,
 cuya frente noble, altiva
 rasgaron sus bayonetas!
 Al clamoreo estridente
 de trompas sonoras, bélicas,
 marchan todos avanzando
 por la fatigosa cuesta.
 ¡Adelante, héroes ilustres,
 mudo asombro de la época!
 ¡Ahullad las alas batiendo
 bravas águilas francesas!
 ¡Pasad, pasad! vuestra fama
 á vuestro enemigo aleja;
 ¡pasad! ¿quién intentaría
 oponeros resistencia?
 Cabalga Schwartz un caballo
 bravío como una fiera;
 ancha nariz, larga cola,
 robustos lomos, piel negra.
 Espumarajos arroja
 tascando el freno con fuerza
 y sensible al acicate
 fogoso caracolea.
 Bate con sonante casco
 las mal empotradas piedras,
 y de triturado polvo
 la rica gualdrapa llena.
 De repente se encabrita,
 pues rasga el viento con fuerza
 seco, espantoso rugido
 detrás las zarzas espesas;
 Alzándose espeso humo
 lleno de chispas sangrientas,

en tanto que al cielo sube
 nutrido grito de guerra.
 La brava aguerrida hueste
 se detiene con sorpresa,
 y se estremece de rabia
 viendo aquella resistencia.
 Su corcel azabachado
 al instante Schwartz refrena,
 y con ojos centelleantes
 aquellos hombres contempla.
 —«¡Fuego!» grita á sus soldados
 al ver como titubean,
 y horrisonante descarga
 ruge con furia tremenda.
 Contra las peladas rocas
 sus proyectiles se estrellan,
 en tanto que sus soldados
 con sangre el terreno riegan.
 «¡Temerarios!» Schwartz ahulla
 como acosada pantera;
 «¿quiénes sois para hacer frente
 «á las águilas francesas?
 «¡Adelante, mis valientes,
 «que aquí el vacilar es mengua!»
 y desenvaina la espada,
 y afloja al bruto las riendas.
 Rabioso se precipita
 por la peligrosa cuesta,
 seguido de sus soldados
 que embisten con furia inmensa,
 Mas los bravos catalanes
 tranquilos ya les esperan,
 guarecidos tras los troncos
 que han convertido en almenas.
 Fulmina el francés descargas
 que á dar ván contra las peñas,
 cuando el catalan por tiros
 ya los cadáveres cuenta.
 «¡Adelante!» Schwartz esclama,
 viendo cual su gente merma,
 parapetada en los árboles,
 la catalana escopeta.
 —«¡Viva Francia! ¡Viva Fran-
 gritó la hueste soberbia, (cia!»
 y cien voces contestaron:
 «¡Francia muera! ¡Francia mue-
 Empero el francés avanza (ra!»
 por la intrincada arboleda,
 y ávida de sangre el águila

con cruel fruicion aletea.
 —«¡Ya son nuestros! ¡Ya son
 nuestros!»
 ahullan cual roncás hienas.
 «¡Adelante!» Schwartz, añade,
 «la victoria sea completa.»
 Mas ¡ay! aguerridas huestes,
 que dáis con suma presteza
 la ronca voz de «¡Victoria!»
 que os era costumbre añeja.
 ¿Oís el ronco redoble
 del tambor que el monte atruena?
 Ese redoble pregoná
 vuestra mas amarga afrenta.
 Ya las rajadas campanas
 de las vecinas aldeas,
 tocando á somatén doblan
 por el águila francesa.
 Briosos los catalanes
 embisten como panteras
 al enemigo gritando:
 «¡Dios, patria é independencia!
 ¿Quién resistirá á la furia
 del alud que se despeña
 en tumbos por la montaña
 arrasando cuanto encuentra?
 ¿Qué será valla bastante
 á la corriente violenta
 del río que se dispara
 por la tajada ladera?
 ¿Qué acero, qué bronce ó hierro
 no fundirán las centellas,
 que lanza el amor patriótico
 que á estos catalanes quema?
 ¡Horrible choque fué el suyo!
 tembló el águila francesa
 al ver hundida, eclipsada,
 de su fortuna la estrella.
 A la detonacion ruda
 de la gastada escopeta,
 responde triste lamento
 que los corazones hiela.
 En charcos de tibia sangre
 hombres y caballos ruedan,
 arrollados los pendones
 vuelven atrás con presteza.
 Desbocados van cruzando
 sin ginete por la cuesta,
 bravos pezeños manchados

de sangre que aun caldea.
 Schwartz, con ojos de tigre
 su derrota allí contempla,
 sobre los estribos se alza
 y ruge de esta manera:
 —«¡Vencedores de Austerlitz,
 «de Friedland, Marengo y Jena!
 «¿dejareis vuestros laureles
 «pisotear con tanta afrenta?
 «El que no sea cobarde
 «frente al enemigo muera;
 «quien huya, ni por francés,
 «ni por soldado se tenga.
 «¡Vencedores de Austerlitz,
 «de Friedland, Marengo y Jena!
 «¿asi manchais vuestra gloria
 «huyendo con tanta mengua?»
 En vano, en vano Schwartz
 rabioso así vocifera;
 sus soldados retroceden
 llenos de aprobio y vergüenza.
 Su enardecido caballo
 loco de rabia espolea,
 y con su acerada espada
 dá con furia á cuantos cejan.
 «¿Los que han humillado al Aus-
 «á la Prusia y la Inglaterra, tria,
 «vuelven así las espaldas
 «á labradores de aldea?»
 Mas ¡ay! que sobre sus filas
 la muerte hambrienta se ceba,
 pues desde aquellas alturas
 sus tiros crueles asesta.
 Rotas de machacar cráneos
 las gastadas escopetas,
 con sus agudas astillas
 el catalan aun pelea.
 Gotas de sangre destilan
 los brezos é incultas breñas,
 manchas de sangre purpuran
 la esmeralda de las yerbas.
 Por fin, Schwartz, loco de ira,
 la retirada ya ordena,
 huyendo de los leones
 que pueblan aquellas selvas.
 Los pies en charcos de sangre
 al soldado se le pegan,
 y pasa sobre cadáveres,
 y pasa sobre banderas.

Y en su vergonzosa huida
 los derrotados aun tiemblan,
 cuando oyen botar rodando
 detrás de sí enormes peñas.
 Ya no resuenan como antes
 las poderosas trompetas,
 ya no alzan los brídones
 con orgullo las cabezas,
 que al suelo se las inclina
 el peso de la vergüenza.
 Lejos son, y aun les persigue
 el fragor de la pelea,
 y el sonar de las campanas
 de las vecinas aldeas.
 Quedaron los catalanes
 mudos de pasmo y sorpresa,
 al ver huir derrotadas
 aquellas huestes guerreras,
 Al ver tantos estandartes,
 tantas armas y preseas
 ser alfombra de sus plantas,
 trofeo de su proeza.
 Y alzando todos la vista
 á la portentosa sierra
 que guarda á la Santa Virgen
 como la concha á la perla,
 Con religioso entusiasmo
 y con alegría inmensa,
 gritaron á una: «¡María
 «nos asistió en la pelea!»

Y al decir esto de hinojos
 cayeron sobre las peñas
 que aun de enemiga sangre
 humeando se presentan.
 Y cantando «¡Salve, salve,
 «de los hombres madre y reina,»
 acompañados del eco
 que allí poderoso suena;
 Alzaron nutrido coro
 á aquella Virgen escelsa,
 que desde su alcázar regio
 oyó su plegaria tierna.

*
 * *

Aun hoy dia levanta
 del Bruch en la áspera cuesta
 algun cráneo, alguna águila,
 el labrador con su reja.
 Y aun hay algun anciano
 que só la ancha chimenea,
 cuando el cierzo helado brama,
 ó cae la lluvia lijera,
 Aquel hecho milagroso
 á sus nietecillos cuenta,
 mientras enturbia sus ojos
 alguna lágrima tierna.
 Que en tanto los catalanes
 sangre tengan en sus venas,
 recordarán con orgullo
 tan esforzada proeza.

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑÁ.



